



El tiempo que falta (fragmentos inacabados)

Alex Silgado Ramos⁴

Profesor Universidad del Tolima, IDEAD

Entre las primeras páginas de *La lentitud* de Milan Kundera, se puede leer la siguiente escena:

El hombre encorvado encima de su moto no puede concentrarse sino en el instante presente de vuelo; se aferra a un fragmento de tiempo desgajado del pasado y del porvenir; ha sido arrancado a la continuidad del tiempo; está fuera del tiempo; dicho de otra manera, está en estado de éxtasis; en este estado, no sabe nada de su edad, nada de su mujer, nada de sus hijos, nada de sus preocupaciones y, por lo tanto, no tiene miedo, porque la fuente del miedo está en el porvenir, y el que se libera del porvenir no tiene nada que temer. (1995, pág. 10).

La imagen me parece inquietante: un hombre replegado sobre sí; un pequeño yo, que solo se tiene a sí mismo, encerrado en su narcisismo, en su autismo, incapaz de *ser-con*. Un individuo sin pasado ni porvenir, sin identidad, desnarrativizado; el triste reflejo del hombre

⁴ Profesor de planta de la Universidad del Tolima, Idead. Estudiante del Doctorado Interinstitucional en Educación, DIE-UPN; línea Educación y Lenguaje.

de este tiempo sin tiempo. Busco, entonces, resonancias de esta imagen en otros textos y me repico con fragmentos que me llevan a pensar sobre el tiempo que *falta*.

Un hombre que “corría corría corría” ...

Hay un cuento *breve* de Andrés Elías Flórez Brúm que nos da ciertas claves para leer uno de los signos de este tiempo: *la aceleración*. Este cuento, que tiene un nombre bastante consecuente con la realidad que narra, se llama *La carrera*. Y en efecto, tanto su sintaxis precisa como la reiteración y el énfasis de la palabra ‘carrera’ parecen tensionar el ritmo de la lectura y precipitar al lector, junto con el personaje, hacia una descomunal carrera en la que no solo se pierde el sentido de las cosas, sino también, la vida misma.

La carrera es la historia de un tiempo que corre frenéticamente sin un puntero que marque su sentido. Un tiempo sin tiempo, es decir, sin duración, sin aroma, sin orientación. Pero, también es la historia de un hombre sin historia, esto es, sin narración, sin relato, sin identidad. Un hombre alienado, incapaz de sustraerse del imperativo de correr, correr y correr: “El hombre empezó a correr por toda la calle y de pronto se detuvo para tratar de recordar hacia dónde corría; así que sin lograrlo siguió corriendo” (Flórez Brúm, 1999, pág. 11). Uno podría decir, que es esta pérdida del recuerdo, de la memoria y esta ausencia de dirección, de horizonte, los que hacen de su vida una carrera que se precipita histéricamente hacia al sinsentido. De tal manera, que la vida, hecha de solo tiempo acelerado, de solo un “presente puntillista”, sin un ritmo articulador y orientador de sentido; se va cansando, se va agotando, se va extinguiendo. Entonces, la muerte no llega como forma final, como conclusión de un trayecto vital, en un tiempo justo; sino que lo alcanza a destiempo, sin agonía, como pronta ex-piración (Han, 2015),

la vida le había alcanzado poco para correr; de manera que cuando presintió la muerte alcanzó rápidamente el ataúd que un día había traído corriendo a su casa, previendo que no le alcanzaría el tiempo para esto, y se acomodó

dentro del cajón y, antes de bajar la tapa y de morirse, le dijo a sus hijos que lo llevaran corriendo al cementerio; pero cuando salieron corriendo con el cadáver por toda la calle tuvieron que dejarlo a medio camino porque ya se había podrido. (Flórez Brúm, 1999, pág. 12).

Una vida alienada

No hay algo que perturbe o irrite más a este hombre que corre, corre y corre, que la demora, que la espera, que la lentitud, que la dilación. El imperativo que dispara su fuga está en el ya, en el ahora, en el enseguida; el imperativo está en la prisa, en la prontitud, en la rapidez, en lo diligente, en lo que se haga explícito y expedito. Este imperativo de la aceleración, como característica universal de la modernidad, según el sociólogo alemán Hartmunt Rosa (2016), se despliega en tres órdenes. *La aceleración tecnológica*, que transforma vertiginosamente el transporte, la comunicación y la producción; alterando, desde dentro, el “régimen espacio-temporal” de la sociedad, provocando la proliferación de los “no lugares”. *La aceleración del cambio social*, que afecta los modos de vida, los vínculos familiares y laborales, los conocimientos, las experiencias, haciéndolos frágiles, debilitando su estabilidad y perdurabilidad; implicando, todo ello, un radical cambio, no en la sociedad, sino de la sociedad. Y *la aceleración del ritmo de la vida*, que deviene en la sensación de que todo marcha tan deprisa, tan rápido que no queda tiempo para nada, por lo cual es imposible seguir un ritmo; trastornando, de esta forma, los tiempos y espacios dedicados al descanso, al cuidado de sí, a la *vida buena*. Para el autor, la aceleración de la vida no viene, en principio, dada por la aceleración en los dos primeros órdenes, pero, no hay que negar que, tales órdenes, a la larga, le imprimen celeridad a la vida al exigir hacer más cosas en menos tiempo.

También, para Rosa, tres son los motores que impulsan la aceleración de los anteriores ordenes: *la competencia, la promesa de eternidad y el ciclo de aceleración*. La competencia, entendida como motor social, afecta no solo la esfera económica, sino también, la vida laboral, el

entorno de las amistades y el interior mismo de la familia, es decir, la vida social, redefiniendo el lugar del individuo en la sociedad por su nivel de competencia o competitividad. La promesa de eternidad en la que, pese a nuestra finitud y mortalidad, la celeridad permite la posibilidad de vivir muchas vidas, de intensificar las experiencias, aunque las capacidades experienciales y físicas del ser humano, siempre se quedarán cortas. Y el ciclo de aceleración consistiría en el resultante del entrelazamiento de los tres órdenes de aceleración: la tecnológica, la del cambio social y la del ritmo de vida; ciclo que se impulsa a sí mismo de manera autónoma, descontrolada y constante alcanzando de manera frenética a todos los individuos.

Para Rosa (2016), todo este régimen de aceleración “transforma, a espaldas de los actores, nuestra relación con el mundo en tanto que tal, es decir, con los otros seres humanos, con el espacio y el tiempo, con la naturaleza y con las cosas, y termina así por transformar tanto las formas de la subjetividad humana como nuestro estar-en-el-mundo” (pág. 58). De esta forma, este frenético y totalitario régimen conduce a la alienación. Alienación que esclaviza al hombre al imperio de lo actual, de la prisa y de la novedad. Que diluye su identidad y fragmenta, fragiliza al máximo su vida, la licúa, la hace volátil. Que lo hace ajeno a sí mismo, a los otros y al mundo. Que lo convierte en un ‘no lugar’. Que lo cosifica, lo reduce a un simple objeto de consumo, que consume mientras consume.

Ciudad Leonia

Como gran observador y estudioso de nuestro tiempo, Bauman ha sabido diagnosticar en el mundo líquido una de las patologías de la temporalización provocadas por la aceleración:

El “síndrome consumista” al que la cultura contemporánea está cada vez más rendida gira en torno a la negación enfática de la dilación como virtud y del “aplazamiento de la satisfacción” como precepto, principios fundamentales ambos de la “sociedad de productores” o “productiva”. En la jerarquía heredada de valores reconocidos, el «síndrome

consumista» ha destronado a la duración y ha aupado a la fugacidad. Ha situado el valor de la novedad por encima del de lo perdurable. (2006, pág. 85).

El sujeto del “síndrome consumista” es un fiel habitante de Leonia⁵; una ciudad que “se rehace a sí misma todos los días”. Su tiempo es el del consumo o, mejor, del consumismo, que es el tiempo del efímero deseo, de la fugaz satisfacción. El frenetismo de su marcha, de su fuga está impulsado por la novedad. No hay dirección, no hay horizonte alguno, solo el ágil momento en que lo actual impone lo nuevo y, a su vez, lo nuevo tarda en actualizarse, en modificarse. La ley de lo instantáneo, de lo ligero, de lo efímero. En Leonia, ya no se trata de acumular, sino de usar, apartar, desechar, purgarse. “Más que las cosas que cada día se fabrican venden compran, la opulencia de Leonia se mide por las cosas que cada día se tiran para ceder su lugar a las nuevas” (Calvino, 2015, pág. 125).

Leonia, la opulenta, precipitadamente, se consume, mientras consume, haciendo de la vida un detrito más.

Ahorrar con los hombres grises

En todos los lugares de trabajo de las fábricas y oficinas de ciudad en la que *Momo* vivía, colgaban carteles estampados con grandes letras luminosas en los que se podía leer: “El tiempo es precioso-no lo pierdas/ El tiempo es oro-ahórralo”; “Los ahorradores de tiempo viven mejor/ Los ahorradores de tiempo son dueños del futuro/ Cambia tu vida: ahorra tiempo” (Ende, 2014, pág. 72-73). Estas consignas se insertaron tanto en la cotidianidad de los habitantes de la ciudad que, en poco tiempo, no solo cambió su vida, sino también el paisaje. Vertiginosamente, los rostros se fueron haciendo adustos y fríos, la ciudad se fue llenando de grandes edificios tristes y feos, en los que se fueron adaptando unos “depósitos para niños”, puesto que ya nadie tenía tiempo para ellos; entonces todo el mundo comenzó a andar más a prisa, paradójicamente

⁵ Leonia es el nombre de una de las ciudades continuas que hace parte de las Ciudades invisibles contadas por Italo Calvino (2002).

el ahorro imprimía más celeridad a los pasos. Quienes mejor podían valorar este ahorro eran *los hombres grises*, “Nadie sabía apreciar tan bien el valor de una hora, de un minuto, de un segundo de vida, incluso, como ellos. Claro que lo apreciaban a su manera, como las sanguijuelas aprecian la sangre, y así actuaban” (Ende, 2014, pág. 72-73).

Este ahorro del tiempo, benéfico para el capital (*neg-otium*, negación del ocio), es inversamente proporcional al tiempo del ocio (*otium*, inacción, reposo, quietud), tiempo de la vida buena. Ahorrar el tiempo, es hacerlo eficaz y efectivo, productivo. Ahorrar el tiempo es hacerlo gris o, mejor, ceniciento (la cenicienta trabaja hasta el agotamiento). Ahorrarlo, bajo la promesa de su futura inversión en un -anhelado-tiempo de esparcimiento, de divertimento, de entretenimiento, que no es el del ocio. Mientras



el ocio nombra un tiempo libre de toda utilidad, el divertimento está supeditado a la lógica del mercado. Ahorrar, quiere decir, entonces, reinvertir el tiempo en algo útil, utilitario.

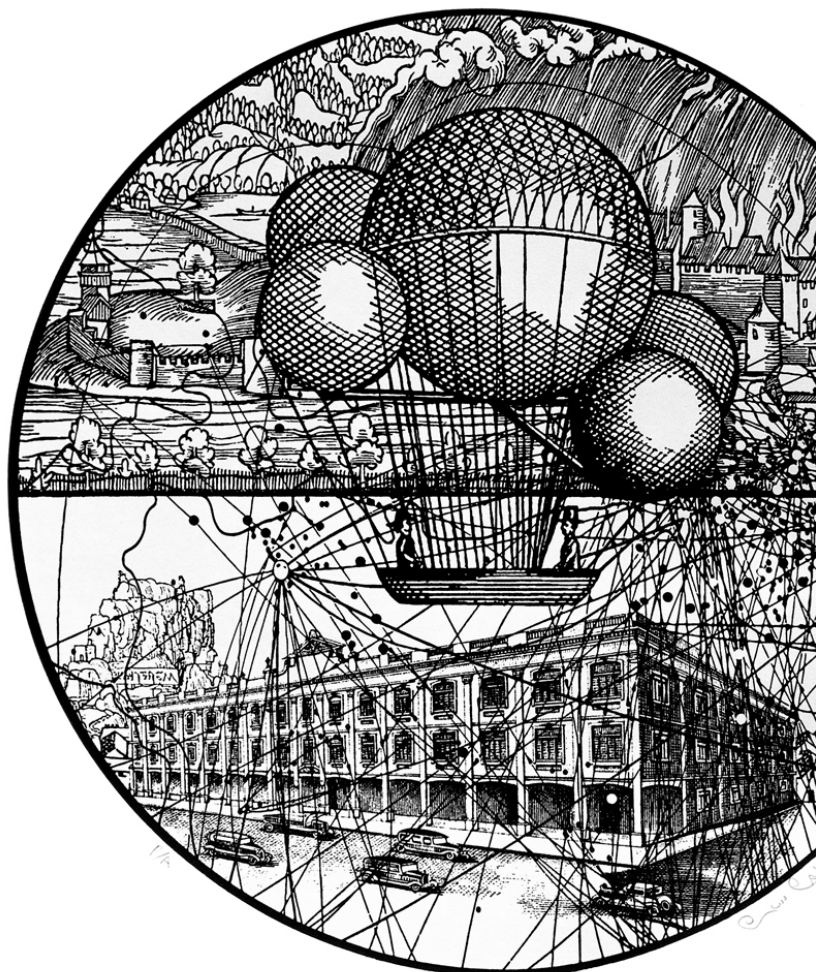
Al invertir en la promesa de *los hombres grises*, ya “Nadie se daba cuenta de que, al ahorrar tiempo, en realidad ahorra otra cosa. Nadie quería darse cuenta de que su vida se volvía cada vez más pobre, más monótona y más fría” (Ende, 2014, pág. 74). Con un tiempo y una vida gris ya no hay tiempo para charlar, para sonreír, para soñar; ya no hay espacio para la imaginación, para la creatividad; pero, sobre todo, ya no hay tiempo para escuchar. Quizá *Momo*, esa maravillosa niña cuya cualidad esencial es escuchar, emerja, entonces, como una esperanza de un tiempo niño, de un tiempo bueno, de un tiempo des-pre-ocupado.

La hamsterización de la vida

Para Luciano Concheiro (2016, pág. 12), la “imagen que mejor explica cómo experimentamos el tiempo es la de la una rueda para hámster que gira a una gran velocidad pero no se desplaza. Vivimos en una época de inmovilidad frenética”. Esta metáfora, bastante explícita o cruda, nos ubica en la imagen del pequeño animal que corre, corre y corre sin posibilidad alguna de llegar a ningún lado. Al imponerse un mismo espacio -la jaula, la rueda-, no hay posibilidad de desplazamiento. Sin distancias es imposible forjar un horizonte, erigir una dirección. Entre más corre y corre el pequeño roedor, impulsado por su instinto de supervivencia (huir de sus predadores), la rueda gira y gira más rápido estimulando, a su vez, la necesidad de ir más a prisa. También esta metáfora recrea la realidad del *animal laborans* en la sociedad del rendimiento; este pequeño animal individualizado en su propia jaula, en su propia rueda, que no toma distancia ni tiene límites consigo mismo; se arroja a una vida activa, es decir, sin pausa⁶ o, mejor, 24/7.

⁶ En este tiempo, la única pausa posible es la “pausa es activa”, la cual connota una forma de ejercitación para continuar laborando.

Vivir 24/7 (24 horas al día, 7 días a la semana) implica estar disponible, conectado todo el tiempo. Implica habitar un tiempo homogéneo, sin textura, ni tesitura; un tiempo liso y sin aristas, sin interrupciones, sin demora. Este tiempo es el del trabajo. “Hoy no tenemos más tiempo que el del trabajo. El tiempo de trabajo se ha totalizado como único tiempo” (Han, 2016, pág. 15). Trabajo y vida se confunden o, mejor, se amalgaman en un solo continuum temporoespacial. El trabajo no supone ya un medio a través del cual ganarse la vida, sino una verdadera medida del tiempo vital, un canon para la existencia. El trabajo, entonces, se convierte en una perversa dictadura que rige de manera absoluta el tiempo de la vida y lo absolutiza como tiempo laboral; “el planeta se reimagina como un sitio de trabajo sin parar”, afirmará Jonathan Crary (2015b).



MARTA

El tiempo del trabajo es también un tiempo despierto, 24/7. “Se sustituye la lógica del apagado-encendido, de manera tal que nada está del todo ‘apagado’ y no hay un estado real de descanso” (Crary, 2015b, pág. 40). Se conecta un día eterno a través de madrugones y trasnochones; la vigilia permanente. Al sujeto de este tiempo, le es imposible cerrar los ojos; descansar, concluir. Es un insomne. Debe mantenerse activo para que siga girando más a prisa la rueda de la producción y el consumo, del capital; la rueda que también es su propia vida. Debe evitar cualquier fricción que detenga su inminente carrera; andar más a prisa supone que se hagan más cosas y se produzca más. Debe inyectarse altas dosis de optimismo, respondiendo ciegamente a su credo de ‘autorrealización’. Para sostenerse siempre despierto, siempre motivado, siempre activo; pues esta delirante carrera lo pone frente a sus propios límites psicológicos y biológicos, no duda, en ningún momento, en consumir una buena dosis de actitud positiva a través de los consejos de autoayuda o, en el mejor de los casos, ingerir algún fármaco o una bebida energizante. De manera que, un tiempo del trabajo es también un tiempo del agotamiento, del cansancio; cuerpos y mentes revolucionadas, agobiadas, ansiosas, si apenas tienen tiempo para atender los males y enfermedades consecuencia de su hiperactividad. Males y enfermedades que, en forma de “violencia neuronal”, hacen colapsar su sistema nervioso: estrés, depresión, ansiedad, insomnio crónico, neuralgia, vértigo, náuseas, trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), burnout, síndrome de desgaste ocupacional (SDO), encefalomiелitis miálgica (EM), trastorno límite de la personalidad (TLP), neurastenia, entre otras.

Sin atención

En su ensayo filosófico sobre el arte de demorarse: *El aroma del tiempo* (2015), Byung-Chul Han, afirmará que nuestra crisis temporal no es consecuencia primaria de la aceleración, sino de un tiempo que se ha quedado sin sostén, sin dirección, sin duración, sin compás, ni ritmo ordenador. Un tiempo discontinuo, que se

reduce a la atomización de instantes sin conexión entre ellos y se vacía de toda narratividad. Un tiempo de la fugacidad y lo efímero: *disincrónico*. Un tiempo disperso que desborda en una forma de vida dispersa.

La dispersión temporal no permite experimentar ningún tipo de duración. No hay nada que rija el tiempo. La vida ya no se enmarca en una estructura ordenada ni se guía por unas coordenadas que generen duración. Uno también se identifica con la fugacidad y lo efímero. De este modo, uno mismo se convierte en algo radicalmente pasajero. La atomización de la identidad. Uno solo se tiene a sí mismo, al pequeño yo. En cierto sentido, se sufre una pérdida radical de espacio, de tiempo, de ser-con (Mitsein). La pobreza del mundo es una aparición discrónica. (pág. 9-10)

Esta dispersión significa el colapso de la atención; entendida esta, como una de las formas temporales de la demora, es decir, del cuidado. Tal colapso es, en gran medida, una respuesta al frenesí de una vida 24/7, en la que el exceso demanda una particular forma de gestión del tiempo y la atención. El individuo 24/7 tiene la obligación de ahorrar el tiempo, de hacerlo efectivo y eficaz, además de estar disponible y dispuesto para responder a las múltiples y simultáneas tareas, impulsos, estímulos e informaciones que mueven su vida. En estas condiciones, la atención se amplifica hasta fragmentarse, hasta colapsarse, hasta dispersarse. Se trata de una *hiperatención*, que lo que gana en amplitud lo pierde en profundidad. Es la hiperatención superficial propia de un individuo *multitasking*⁷.

En la misma senda de Simone Weil, Savater (2012, pág. 34) nos dirá que las cosas fundamentales de

⁷ A este propósito, Han (2012, pág. 34) dirá “No solamente el multitasking, sino también actividades como los juegos de ordenadores suscitan una amplia pero superficial atención, parecida al estado de la vigilancia de un animal salvaje. Los recientes desarrollos sociales y el cambio de estructura de la atención provocan que la sociedad humana se acerque cada vez más al salvajismo”.



la vida, como el amor, la amistad, el cuidado, la belleza, el silencio, la compasión; necesitan de la atención. También, gracias a la atención profunda, los grandes logros de la cultura, de la civilización han sido posibles. De allí, que el gran fracaso de una atención multitareas, de un individuo multitasking, es haber perdido la capacidad de *demorarse*, de *concentrarse*, de *interrogarse*, de *contemplarse*, de *cuidarse*; gestos que se corresponden con la posibilidad de una *vida buena*.

Desaparecer (d)el tiempo

Pero, la *imposibilidad* de una vida buena, una vida hecha de duración y demora, y no por la sucesión ininterrumpida de intensidades puntuales, deriva del triunfo de un determinado modelo de vida. “Un modelo en el que el tiempo es un obstáculo, algo que se debe reducir al máximo hasta, a ser posible, hacerlo desaparecer” (Cruz, 2016, pág. 48). Se trata, como antes se dijo, del modelo de la vida activa, una vida 24/7, propia del mundo del trabajo. Ese

modelo de vida que insistentemente apremia con el imperativo de que hay que aprovechar al máximo el tiempo, imprimiéndole más prisa, reduciéndolo, hasta hacerlo desaparecer. Y desaparecer el tiempo, vaciarlo de un *telos* que le permita tejer continuidad, hacer narración; es también desaparecer del tiempo.

El tiempo que *falta*

Vuelvo nuevamente a las páginas de *La lentitud* y encuentro que,

(...) Contrariamente al que va en moto, el que corre a pie está presente en su cuerpo, permanentemente obligado a pensar en sus ampollas, en su jadeo; cuando corre siente su peso, su edad, consciente más que nunca de sí mismo y del tiempo de su vida. Todo cambia cuando el hombre delega la facultad de ser veloz a una máquina: a partir de entonces, su propio cuerpo queda fuera de juego y se entrega a una velocidad que es incorpóral,

inmaterial, pura velocidad, velocidad en sí misma, velocidad éxtasis. (Kundera, 1995, pág. 10-11).

Pienso, entonces, en el tiempo que falta. Y lo que falta no es una ausencia, algo que quedó atrás y, por ende, se extraña. Lo que falta es lo que viene, lo que está *porvenir*. Un tiempo que falta es una promesa, una búsqueda, un horizonte, una forma de resistencia. No se trata de ralentizar el tiempo. La aceleración también vive de ese juego. Se trata de Gestar otro tiempo. Un tiempo otro. Un tiempo fuera del tiempo. Un tiempo niño. Un tiempo *Momo*. Un tiempo bueno. Un tiempo para bajarnos de la moto, restituir la experiencia del propio cuerpo y volver a caminar:

Caminar es una apertura al mundo. Restituye en el hombre el feliz sentimiento de su existencia. Lo sumerge en una forma activa de meditación que requiere una sensorialidad plena. A veces, uno vuelve de la caminata transformado, más inclinado a disfrutar del tiempo que someterse a la urgencia que prevalece en nuestras existencias contemporáneas. Caminar es vivir el cuerpo, provisional o indefinidamente. (...). Caminar es a menudo un rodeo para reencontrarse con uno mismo. (Le Breton, 2015, pág., 15-16)

Referencias

- Barthes, R. (2004). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2011). *44 cartas desde un mundo líquido*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2008). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Austral.
- Calvino, I. (2015). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- Concheiro, L. (2016). *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*. Barcelona: Anagrama.
- Crary, J. (2015a). La vida sin pausa. En Periódico El País. Recuperado de: https://elpais.com/cultura/2015/05/20/actualidad/1432123650_805121.html
- Crary, J. (2015b). *24/7: El capitalismo tardío y el fin del sueño*. Argentina: Paidós.
- Cruz, M. (2016). *Ser sin tiempo*. Barcelona: Herder.
- Ende, M. (2014). *Momo*. Colombia: Alfaguara.
- Esquirol, J. M. (2009). *El respirar de los días*. Barcelona: Paidós.
- Flórez Brúm, A. E. (1999). *Los perseguidos*. Bogotá: Nueva Gente Editorial.
- Han, B. C. (2016). *Por favor, cierra los ojos. A la búsqueda de otro tiempo diferente*. Barcelona: Herder.
- Han, B. C. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Barcelona: Herder.
- Han, B. C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Han, B. C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Kundera, M. (1995). *La lentitud*. Barcelona: Tusques.
- Le Breton, D. (2015). *Elogio del caminar*. Madrid: Siruela.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires: Katz.
- Savater, F. (2012). *Ética de urgencia*. Barcelona: Ariel.